

ó destruído; una gran parte del armamento, descompuesto, lleno de orín y sin un armero siquiera, y la pólvora de nuestras municiones de cañón y fusil casi convertida en una masa.... pero aun cuando el enemigo no hubiese hecho la operación indicada ¿quién le impedía meterse en Gálveston y traernos en marchas y contramarchas que hubieran causado la destrucción de las fuerzas aun cuando hubiésemos tenido víveres (1)? »

Yo creo que Filisola obraba como un buen militar decidiendo la retirada por las razones que expone y por otras más precisas que voy á exponer.

| | |
|---|---------------|
| Efectivo del ejército mexicano en Texas el 23 de Febrero de 1836. | 6,019 hombres |
| Efectivo del mismo ejército en 24 de Abril de 1836, día de la junta convocada por Filisola. | 4,078 — |

Es decir, nuestro ejército en 60 días de insignificantes triunfos y una terrible catástrofe, había perdido la tercera parte de su efectivo y se encontraba, como lo había dicho oficialmente el general Santa Anna al general Ramírez y Sesma, sin víveres ni demás recursos en la proveeduría general, y sin más esperanza para vivir que los del enemigo.

Veamos el enemigo.

| | |
|------------------------------------|--------------------|
| Tenía en Febrero de 1836 | 1,200 voluntarios. |
| Tenía en Abril de 1836. | 1,700 — |

(1) Filisola, *Defensa*, pág. 16.

El enemigo había tenido 750 bajas y los mexicanos 2,000 pero las bajas del enemigo eran inmediatamente reemplazadas por continuas expediciones de voluntarios que llegaban de Nueva Orleans, debido á la gran imbecilidad de Santa Anna de no haber comenzado por hacerse dueño del mar y de las islas. Y mientras nuestros efectivos estaban reducidos á las dos terceras partes, el del enemigo sólo en voluntarios había aumentado en 60 por ciento, sin contar las milicias de los colonos que, como dice Filisola, estaban intactas sin haber tomado la más ligera parte en la guerra.

La cuestión de víveres era la más grave, pues aun con los tomados al enemigo había generales que los declaraban propiedad personal y traficaban con ellos vendiéndolos, para enriquecerse con la miseria de sus subordinados, á un precio excesivo. El soldado daba su sangre para la patria y para que miserablemente lo robara su indigno jefe.

Sobre esta rapacidad de prostitutas de nuestros principales jefes dice Urrea : « Diré pues, para satisfacer al general que me provoca, que su señoría fué quien principalmente suministró los colores para el horrible cuadro de miseria que el general (Filisola) retrata en su nota oficial de 14 de Mayo) cuando se queja de haber comprado la carga de maíz á noventa pesos, la torta de pan á tres, una tortilla en dos reales, un piloncillo cuatro pesos,

y un cuartillo de aguardiente ocho pesos. El general Don Antonio Gaona que es de quien hablo, hacía ese infame comercio con los víveres monopolizando los que llegaban al ejército á su aproximación á Matamoros, para venderlos á su brigada á más de un ciento por ciento (1). »

El coronel Diego Martínez expone : « Nunca debí verme envuelto en el miserable atentado contra el señor Segura, quien habiendo regalado en su calidad de mexicano patriota 300 cargas de maíz á nuestros pobres soldados en los momentos en que no les podíamos dar ni totopo, según recibo que presenté, del jefe de Goliad; recibió una paliza de orden de este jefe por haberse quejado Segura, hombre recto y acomodado, al general Andrade, de que el jefe del batallón á quien regaló el maíz había vendido las dichas trescientas cargas á Don Juan Carbajal, comerciante de Béjar á razón de diez pesos carga, y cuando Segura me dijo que se le había amenazado de fusilarlo acusándolo de connivencia con el enemigo si volvía á chistar sobre el asunto del maíz, yo di parte al general Andrade en cumplimiento de mi deber, y ofreciendo garantías á Segura (2) ».

El general Ramírez y Sesma, dirigiéndose al co-

(1) General Urrea, *Diario de operaciones*, pág. 20.

(2) Coronel Martínez, *Representación al Supremo Gobierno*. Bibl. Nacional, tomo VIII, *Documentos para la historia de México*.

ronel Amat le dice : « Es preciso que cuanto antes se informe usted y dé cuenta del resultado del considerable depósito de víveres tomados en el rancho del colono Neil y que según mis órdenes estaba destinado á racionar durante el mes al batallón de zapadores. Se me ha denunciado que esos víveres han sido vendidos por uno de los jefes á un comerciante mexicano, quien los está vendiendo á mi división á un precio elevadísimo (1) ».

« Y entonces volvieron los soldados que se habían dispersado por el pueblo, llenos de despojos, vestidos ridículamente y los más embriagados por haberse encontrado el aguardiente en mucha cantidad en las habitaciones de los colonos. El capitán Infanzón hizo recoger el botín en la casa que ocupaba, diciendo que iba á repartirlo entre todas las clases de la brigada, y poniendo luego una guardia de 20 hombres para que custodiaran los efectos bajo su más estrecha responsabilidad. Pero este reparto, dice el autor del diario que venimos extractando, no tuvo efecto, aunque todas las noches pasaban en la casa, baúles y cajones cerrados que se recibían por el ayudante Don Francisco García y se guardaban en la misma tienda del general Gaona. Pasados algunos días éste dijo á los oficiales de su brigada, que pasasen al otro lado del río para que

(1) Oficio de 4 de Abril de 1836. Citado por Andrade. *Dos palabras sobre la guerra de Texas*, pag. 14.

tomaran lo que quisiesen del botín, y en efecto, habiéndolo hecho, se les presentó el Sr. Infanzón, quien los condujo á su casa, de donde se habían quitado ya los guardias, y les presentó los pocos efectos que habían quedado reducidos á libros en inglés, loza, almidón, espejos, dos relojes de sala y unos cuantos baúles descerrajados. Los oficiales dieron las gracias al Sr. Infanzón y se volvieron á su campo sin haber tomado absolutamente nada del resto del botín (1). »

Tel maître, tel valet. La corrupción de los jefes debía probar la de su general en jefe. « Al lado opuesto del río ó baños, que forma la laguna de Harrisbourg en que estaba la división mexicana había tres habitaciones bien provistas de ropa fina de uso, la mayor parte de mujer, con preciosos muebles, un excelente piano, cajas de conservas, chocolate, frutas y otras diversas cosas agradables. Este botín, según asienta en su relación el coronel Pedro Delgado, citado en mis dos notas anteriores, fué para el general (Santa Anna) y los individuos de su estado mayor que con él iban (2). »

Se comprende que cuando un general no pueda impedir el pillaje, ó cuando resuelva hacer la guerra conforme á las pragmáticas de Atila, vea con indiferencia ó entusiasmo el pillaje. Pero un Presidente

(1) Filisola, *Guerra de Texas*, tomo II, pág. 433.

(2) Zamacois, *Historia de México*, tomo XII, pág. 79.

de la República, debía respetarse más á sí mismo y á la nación que lo admiraba, y no tomar ni un alfiler de los constantes saqueos á que se había sujetado á los colonos que no habían querido levantarse en armas. Es repugnante ver á un presidente de la República pedir la parte del león en un pillaje de ropa de uso y de muebles, y apoderarse de media docena de camisas de mujer, de quince ó veinte teclas de piano y hasta de los utensilios de costura de una señora. Pero Santa Anna antes que dedicarse al pillaje de los colonos lo había establecido para envilecer á su patria y matar de hambre y de desnudez á sus propios soldados.

« En la ciudad de San Luis Potosí fué donde comenzó la tragedia que deploramos y á cuya primera escena se dió principio por los contratos celebrados con la casa de comercio de Rubio y Errazu por la suma de 400,000 pesos, para las atenciones del ejército de operaciones y para las que se hallaba autorizado S. E. por el supremo Gobierno. Contratos que además de ser bastante onerosos á la nación, valieron á S. E. *Libranzas de consideración* (1). » ¿Es esta, calumnia de Martínez Caro? No es creíble, porque en nota de la misma página dice: « Carta de S. E. el general Santa Anna, fechada en Orozimba (Texas) el 25 de Septiembre del

(1) Martínez Caro, *La primera campaña de Texas*, nota 1 de la pág. 4.

año próximo pasado, en que con objeto de calumniarme lo dice: que mi intención era la de marchar á Veracruz á registrar su equipaje, en donde sabía tenía libranzas de consideración que deseaba tomarme; calumnia tan atroz como imbécilmente concebida; atroz, porque bien sabía S. E. que yo ignoraba la existencia de dichas libranzas, porque no fuí agente en los contratos, sino los señores Castrillón y Batres é imbécilmente concebida porque yo no creí á S. E. tan incapaz, que ignorase la inutilidad de unos documentos de interés pecuniario sin el correspondiente endoso.»

«..... libranzas, continúa Martínez Caro, que se aumentarían con el remate de las Salinas, celebrado á favor del señor Errazu á pesar de la mejora de proposiciones hechas por el anterior poseedor Don Antonio Esnaurrizar, pero que S. E. desatendió porque así le convenía, contratos por los cuales se concedió á la misma casa de Rubio la facultad de pagar derechos en la aduana de Matamoros, con libranzas por el valor de 40,000 pesos que seguramente no le costarían la mitad, contratos por los cuales se concedió á la repetida casa de comercio, la facultad de introducir víveres y provisiones por el mismo puerto para el ejército de operaciones y sobre cuyas primeras introducciones (que nunca llegaron al desgraciado ejército) reclamó aquel digno comisario, pues en lugar de víveres se introdujeron

víboras, es decir, contrabando á mansalva y contrató por fin que se diesen á los agentes Castrillón y Batres \$6,000 que depositó el primero en la tesorería del ejército de operaciones con conocimiento de S. E. al moderado premio de 4 por ciento al mes (1).» « Los señores jefes de los cuerpos pueden manifestar qué provisiones se recibieron de aquellas introducciones. »

..

¿Era racional seguir una campaña, cuando los pocos víveres que podía mandar el gobierno á Texas y los que se pudieran tomar al enemigo, eran objeto preferente de la rapacidad é infame especulación de los principales jefes del ejército de operaciones? « En Goliad se encontraron algunos víveres que habían conducido las goletas nacionales *Segundo Correo* y *Segundo Bravo*; pero de éstos, por desgracia, mucha parte de la galleta salió podrida, y las barricas que venían con peso de cuatro arrobas, no resultaron ni de dos y media cada una. » « Cuando el Supremo Gobierno manda al ejército auxilios no llega al soldado lo remitido pues los *contratistas* son más enemigos de nuestro ejército que los voluntarios rebeldes, pero como hay jefes

(1) Filisola al Supremo Gobierno, Mayo 15 de 1836. — *Diario de Urrea, Documentos.*

que están en combinación con los contratistas para recibir como buenos, los alimentos podridos con que están causando la disentería de las tropas; nuestros pobres soldados sólo tienen la esperanza de morir envenenados por jefes que debían esmerarse en cuidarlos (1). »

« Abril 29. Este día nuestras desgracias llegaron al colmo. Desde el día anterior se habían atrasado los carros, y en ellos murieron algunos de nuestros enfermos, á quienes se veía con el mayor desprecio. Causaba indignación ver insultar á éstos, en la desgracia, por los generales; principalmente por Gaona, como si los hombres fueran de bronce para no enfermarse con los trabajos y miserias (2). »

En 1836, valía más ser perro callejero, porque era libre, y nó soldado mexicano, tratado por la nación como un esclavo, por el gobierno como un combustible y por sus jefes, con raras excepciones, como una bestia, para todo menos para alimentarla. En el alma de esas víctimas no podía haber más que odio para todos, nacionales y extranjeros, y la indiferencia del desesperado para lo que no puede mitigar ó anestesiar su dolor.

El general Filisola, para decidirse á marchar contra un enemigo triunfante, debía examinar la

(1) General Andrade á Urrea, Mayo 20 de 1836, Biblioteca Nacional. *Últimos documentos para la Historia de Texas.*

(2) General Urrea, *Diario*, pág. 33.

moral de sus tropas. « La alarma y desaliento fué general en todas las clases, pues era creíble que todos los prisioneros, hubiesen sido fusilados en represalia de la conducta observada en Béjar y Goliad con los suyos (1). »

El general Urrea que sostenía la necesidad de marchar inmediatamente sobre el enemigo, escribe sobre la moral de la trópa : « Verdad es que había hombres muy espantadizos, como sucede siempre en estos casos, pero no era ciertamente el mayor número, y yo contaba con el buen espíritu de mi división, porque era de la que podía responder (2). » De modo que el general Urrea sólo podía responder de su división, y desgraciadamente salió mal el expresado general en su caución, porque al mismo tiempo que aseguraba en la junta que respondía de su división, el coronel Don Agustín Alcérreca sin órdenes, y desobedeciendo las que se le habían dado, evacuó el interesante puerto de Matagorda que Urrea había confiado á su honor, porque creyó que el enemigo, en número de 600 hombres, venía sobre él; se le olvidó que precisamente para eso lo habían colocado en Matagorda, para esperar al enemigo, nunca para huírle.

Las mejores tropas, quitando las de Urrea, á

(1) Filisola al Supremo Gobierno, Mayo 14 de 1836. Urrea, *Documentos.*

(2) General Urrea, *Diario*, pág. 31.

las que pertenecía el coronel Alcérreca sujeto á accesos de pánico, eran las que tenía el general Santa Anna en San Jacinto, y éstas no se portaron, en concepto del Sr. general Tornel, como debieron, pues la sorpresa fué de día y el enemigo fué visto á la distancia de 200 yardas; hubo cuatro minutos para tomar las armas cargadas y presentar la punta de las bayonetas... « se hubieran acostumbrado á los peligros y pudieran mantenerse de pie firme, como desgraciadamente no lo hicieron nuestros soldados en San Jacinto, por la falta de estos requisitos antecedentes (1). »

La ignorancia pública admite entre sus numerosos errores, que todo mexicano nace soldado de primer orden. Nadie nace soldado, éste se forma difícilmente, muy difícilmente, y para ello, hay necesidad de que el medio social los pueda producir. En las naciones donde hay *cuartelazos*, los soldados tienen que ser en lo general de último orden y en sus mejores días medianos. Los soldados de primer orden son la expresión de la disciplina de primer orden, suprema, absoluta, el régimen de *cuartelazos* sólo mantiene en el ejército la disciplina de la corrupción, muy distinta á la del honor.

Había otro inconveniente grave señalado por Fi-

(1) *La verdad desnuda sobre la guerra de Texas*, pág. 53.

lisola para marchar sobre el enemigo después de San Jacinto. Tenía en su campamento treinta y dos carros y más de dos mil mulas de tiro y de carga. ¿Para qué tanta bestia? Los europeos tenían razón de considerar ridícula la organización de nuestro ejército; hemos visto que Santa Anna llamaba *divisiones* á los 700 hombres de Gaona y á los 1400 de Sesma y Ramírez. 700 hombres no hacen en Europa ni un batallón, y no pueden ser mandados más que por un comandante. Vemos que en San Jacinto, fuera del estado mayor de Santa Anna, había para el mando de 1100 hombres, dos generales de división, dos de brigada, cinco coroneles y los demás grados abundaban también. Filisola asegura y prueba, que la tropa tenía el triple número de oficiales y jefes que conforme á las leyes mexicanas necesitaba, y es evidente que en relación con las leyes militares europeas había seis veces más el número de jefes y oficiales.

Esta exuberancia de jefes y oficiales, además de sobrecargar inútilmente el presupuesto del ejército, exigía un número considerable de bestias para cargar con los equipajes de tanto privilegiado. Los treinta y dos carros no hubieran podido pasar el río en chalanes, y no era posible intentar llevarse todos los víveres, pues, caso de otro descalabro, el ejército tenía que replegarse á algún punto donde encontrase algo que comer. Por último, los enfermos

cuyo número, y no lo desmiente Urrea, era de 189, en el campamento de Filisola el día 24 de Abril de 1836, no podían quedar abandonados, pues el enemigo los hubiera asesinado como lo había mandado hacer Santa Anna con los suyos.

Al cuidado de los enfermos, víveres, equipajes, municiones de reserva, bestias de carga, había que dejar por lo menos 500 hombres. Descontando éstos del efectivo total, más los enfermos, quedaban en realidad útiles 1800 hombres desmoralizados, para ir á buscar un enemigo, que de los 1100 de Santa Anna había matado á 500 y tomado prisioneros á 600, que se creían pasados por las armas. ¿Era militar emprenderla contra ese enemigo misterioso cuyo número era desconocido, con una fuerza desmoralizada y pequeña de 1800 hombres? Si el enemigo se consideraba superior, esperarí, y si no, huiría. ¿Se le iba á perseguir sin víveres y sin medios de locomoción?

En Urrea no encuentro más que deseos, entusiasmos, vuelos, empujes de hombre bravo; pero ni siquiera una razón para lanzarse sin previa exploración sobre un enemigo cuyo número era misterioso y cuya potencia debía ser terrible para haber exterminado, no derrotado á 1100 invencibles según Santa Anna. He dicho que no eran entonces conocidas ni la sorpresa ni las detestables condiciones del campo mexicano de San Ja-

cinto. A lo más, marchando sobre el enemigo, podía haber probabilidades de triunfo; pero ¿por qué la seguridad? Aun conocida la *sorpresa* de San Jacinto, un enemigo que sabe sorprender, es un enemigo dotado de la primera cualidad militar ofensiva, y un enemigo que aprovecha su sorpresa, al grado que de 1100 hombres sólo escapen setenta, era un enemigo terrible.

La cuestión de víveres era decisiva como en toda campaña y en toda ocasión, aun cuando no se trate de campaña. ¿Cómo responde Urrea á la falta de víveres? ¿Diciendo que se encuentra ganado en el campo? A eso, Filisola responde, que ya ha comenzado la disentería, y lo prueba con los documentos de hospital; agrega que la carne no es un alimento para usarlo en calidad de único, y prueba con el oficio del general Andrade y por testimonios irrevocables, que el enemigo incendia todas las poblaciones, destruye todos los víveres que no puede llevarse y mata el ganado que no puede arrear. Urrea habla entonces de los víveres traídos al Cópano por las goletas nacionales *Segundo Correo* y *Segundo Bravo*, Filisola lo prueba con los documentos de navegación, que ambas traen víveres para doce días y en su mayor parte podridos. Urrea señala los víveres que ha traído la goleta *Wachtman*, Filisola prueba que son para diez días.